

MIRET MAGDALENA

CAMBIOS EN EL SANTORAL

Son varios los lectores —lo mismo creyentes que no creyentes— que me han escrito haciendo esta pregunta: ¿desaparecen los santos?

Todo viene rodando desde el 14 de febrero último, en que el Papa escribió —tardando tiempo en saberse su exacto contenido— un *motu proprio*, titulado «Misterio Pascual», en el que reformaba el año litúrgico y el calendario de los santos. Y tanta reacción produjo la reforma, que un portavoz vaticano, el Padre Journel, el 9 de mayo tuvo que aclarar oficialmente varios extremos mal comprendidos, tanto por católicos como por no-católicos.

La Iglesia católica —por boca de Pablo VI— ha reconocido que la «multiplicación de las fiestas» en la liturgia romana (que es la obligatoria para los católicos que no son de rito oriental y que componen más del 90 por ciento de sus efectivos) «había inclinado a menudo a los fieles a las devociones particulares»; y —como resultado de ello— «han desviado algo a los espíritus de los misterios fundamentales de la redención» (*Motu Proprio*, 14 febrero 1969).

Una verdad de hecho, que ha sido confesada con suma dificultad por muchos eclesiásticos y seculares católicos, y que mantenía un nivel semi-supersticioso más pagano que cristiano, ha sido pública y oficialmente criticada por la Iglesia. A la sobria y profunda oración litúrgica se le sustituía frecuentemente por la novena, la procesión, el culto profuso de imágenes o las promesas religiosas de tipo más o menos ingenuo o morboso.

Por eso, la Santa Sede decidió anunciar —a un año fecha— este importante cambio, que —para muchos— se concretaba sobre todo en que «se quitaban del calendario universal los nombres de varios santos» (*Motu Proprio*, id.).

En mayo se conocieron nuevos detalles más radicales, cuando el nuevo calendario litúrgico se hizo público; y en él se vieron desaparecer —entre otros— los populares nombres de Santa Bárbara, San Jorge y San Cristóbal.

La razón que alegó el Padre Journel —portavoz oficial— era que, «sometida la lista de santos que se festejaban a una investigación histórica cuidadosa, se encontraba uno con que algunos santos eran populares en razón de las leyendas creadas en torno a sus nombres, sin que pudiera incluso garantizarse el haber nunca existido, como San Cristóbal —el patrono de los automovilistas—, Santa Bárbara —la patrona de las tormentas— y Santa Catalina de Alejandría —patrona de filósofos y pensadores—.

De otros santos —como San Jorge— sólo se sabe que existieron, pero nada se conoce de su historia, sino el nombre y las inaceptables leyendas de dragones o maravillosas hazañas tejidas en torno a su desconocida vida.

La Iglesia no podía admitir por más tiempo la superchería religiosa que el culto de los santos había producido, sino que ha deseado definitivamente y con claridad que «el pueblo cristiano sea invitado sólo a una oración oficial basada en la verdad» (P. Journel, conferencia prensa, «Documentation Catholique», 1 junio 1969).

Otros dos problemas, también importantes, surgieron como fundamento para esta revisión: la universalidad geográfica y la universalidad en la condición de vida de los santos propuestos como modelos a los católicos.

El catolicismo, que tiene a gala llamarse universal, ha querido en esta ocasión que sea palpablemente expresada esa idea, no sólo en fórmulas jurídicas doctrinales, sino en la práctica concreta de la vida religiosa de los creyentes.

Los mártires japoneses y americano-canadienses, los de Ugan-

da, los santos negro-americanos, como el lego San Martín de Porres, debían tener un puesto, en ese calendario universal, que antes casi sólo estaba lleno de nombres italianos, franceses y españoles, por simples razones geográficas de expansión del catolicismo.

Además, los seculares casi brillaban por su ausencia, y hoy —aunque demasiado minoritariamente— se encuentran presentes en la oración universal de la Iglesia católico-romana, como el «progresista» filósofo del comienzo del cristianismo, San Justino, que no se arredraba ante las elucubraciones del pensamiento pagano y las llamaba «semillas del Logos», o sea, del Fundador del cristianismo. O como el anticlerical San Luis IX, Rey de Francia, uno de los seculares más conscientes de su autonomía personal en las cosas de este mundo. O la madre de San Agustín, Santa Mónica, que en un ambiente pagano no permitió bautizar —siendo ella profunda cristiana— a su hijo hasta no ser él bien consciente de lo que hacía y a lo que se obligaba en ese acto. Y el canciller inglés Tomás Moro, el gobernante inconformista, católico que ponía por delante de todo la primacía de la conciencia —a pesar de sus obispos— y por lo que murió en manos del verdugo. Y la joven e ingenua campesina María Goretti, mártir de la honradez sencilla, ante la grosería de quien sólo se dejó llevar de las instancias ciegas de lo puramente físico.

Pero la gente se ha fijado más bien en los santos que faltan que en los que han venido —con gran ventaja— a sustituirlos.

Gina Lollobrigida, por ejemplo, nada más enterarse de la supresión oficial de San Cristóbal, se fotografió subida encima del capot de su lujoso «Rolls Royce», abrazando con su busto la imagen de oro de este santo que lleva en el radiador, y a la fotografía unió estas expresivas palabras: «Yo creo que San Cristóbal existió y está en el cielo porque he sido preservada, en un choque, de ser gravemente herida» (N. C. R. 28 mayo 1969). Razón a la que se le podía replicar: y los que no fueron preservados llevando su imagen, ¿qué deben pensar?

Los funcionarios de la ciudad norteamericana de Santa Bárbara, en California, confesaron al «Washington Post» que nada importaba lo que dijese la «iconoclasta Roma» para que su santo patrón siga cuidando de la ciudad. Y comparaba, este periódico, a Roma con el Kremlin, dando como razón de su semejanza el que, uno y otro, organizaban «purgas» en los libros de historia, quitando los nombres de quienes caían en desgracia, como ahora les ha ocurrido a estos santos primitivos o medievales, o, ayer, a Stalin y Kruschev.

El hecho es que cuarenta y cuatro santos han sido eliminados del nuevo calendario oficial de la Iglesia, aunque por diferentes motivos: unos, históricos, y otros, geográficos.

Lo curioso de este sucedido es esa resistencia que —por motivos emotivos y nada racionales— no sólo a católicos, sino a algunos protestantes, les ha llevado a desafiar al Vaticano, por haber llevado a cabo esta «piadosa» poda.

Algunos jóvenes californianos —no sé si de broma o de veras, porque todo es posible en Norteamérica— pasaron carteles, delante de la Oficina de Colocación, anunciando su protesta silenciosa, concretada en expresivas preguntas como éstas: «¿Está seguro tu santo?» o «California no quiere santos que estén sin empleo».

Todo ello levanta una serie de cuestiones, en la mente de creyentes e incrédulos, como éstas: ¿qué sentido tienen hoy los santos?, ¿es obligatorio su culto?, ¿qué quiere decir que un ser humano sea un santo?, ¿cómo se hacen los santos?

A todas ellas procuraré contestar en un próximo artículo.